

LA LECTORA

Tendría como 48 años cuando entró la primera vez en casa de don Anselmo. No era guapa. Pero su rostro transmitía un encanto que enseguida embelesó al viejo. Tampoco era alta. No estaba entrada en carnes. Aunque no se la veía delgada. Tenía las suficientes donde debía haberlas. Su pelo, rubio natural, lucía largo. Sin tintes. Lo llevaba suelto. Como una peluca. Sus ojos eran verdes. O grises. O azules. Según la luz. Se llamaba Lorenza. Pero todos le decían Loren.

Se había divorciado hacía poco. De su matrimonio nació un solo hijo, Lorenzo. Entonces tenía veinticinco años. Su marido, Casimiro, estaba ingresado en un hospital psiquiátrico. La quiebra de su hasta entonces boyante negocio le había hecho perder la razón. Malos clientes, antes buenos amigos y después malos pagadores lo llevaron a la quiebra. Esto y su mal trato con los asalariados. Fabricaba compresores de aire para pintar. Era, como se suele decir, un manitas. Pero como empresario un auténtico desastre. Lo mismo como marido y padre.

Tras la quiebra y la separación Loren se puso a trabajar. Hacía faenas a domicilio. Ella, que había llegado a tener chacha y niñera. Pero, como mujer de pueblo, era fuerte y decidida. No se amilanaba nunca. Ni se arredraba ante la adversidad.

En casa de don Anselmo comenzó a trabajar dos días a la semana: martes y jueves. Don Anselmo vivía solo con una hija. Al poco esta contrajo matrimonio. Entonces le pidieron a Loren más presencia en la casa. Ella aceptó encantada.

Se encontraba a gusto allí. Hacía y deshacía a su antojo. Para ello contaba con el beneplácito del viejo. Incluso se quedaba a dormir.

Don Anselmo era rico. Le gustaba de salir a comer fuera de casa. Y gracias a Loren, que le acompañaba, pudo volver a sus restaurantes favoritos. En ellos nunca presentó a Loren como su criada. Incluso, algunas veces, los tomaron por pareja. Pese a los treinta y cinco años de diferencia entre los dos.

Fue una temporada feliz para ambos. Hasta parecía que el viejo se había enamorado de ella. Pero no. ¿O sí? Le había cogido cariño. La necesitaba para seguir viviendo con independencia. Eso era todo, pues siquiera ni una vez insinuó nada inconveniente. Pero sus gestos, a veces, eran inequívocos. La obsequiaba con regalos. Trajes, colonias, pañuelos. Incluso prendas íntimas.

Pero aquella aparente “entente” se rompió un día. La crónica diabetes del viejo lo dejó casi ciego. Dejaron de salir. Loren no se atrevía a ir sola por la calle con don Anselmo. Era un hombre alto y grueso. Difícil de manejar. Se encerraron en la casa. Apenas salían. Él pasaba las horas escuchando música. Tenía una importante colección discográfica. La mejor música clásica interpretada por las más destacadas orquestas y directores.

Un día don Anselmo le dijo:

—Loren, coge el Quijote y léeme algo.

La mujer no le contestó. Y el viejo insistió:

—¿No me has oído, Loren?

—Sí, pero eso es muy aburrido. Todo el mundo habla de él. En vez de eso le voy a leer un cuento. ¿Le parece?

El viejo dudó.

—¿De qué trata ese cuento?

–Escúchelo y ya hablaremos luego. Se titula “Historia de dos soldados”
–contestó ella.

–Pues empieza cuando quieras –consintió el hombre.

“Eran dos soldados que estaban en un hospital –comenzó Loren–. Uno de ellos estaba ciego. Una bomba había caído a su lado en el frente y los había herido gravemente a ambos. Se llamaban Damián y Bruno. Pasaron por diferentes hospitales. De operación en operación. Hasta que volvieron a encontrarse.

–¡Hola Bruno, ya estamos juntos otra vez! –dijo Damián.

–¡Damián! –exclamó Bruno, sorprendido– ¿Dónde estás?

Y al decir esto se incorporó en la cama. Manoteó en el aire, como si buscara a su compañero al que no podía ver.

–Pues en el mismo sitio que tu. En una cama. Junto a ti– ¿También a ti te alcanzó la bomba...?

–Sí, también a mí. Tengo la columna vertebral rota. Jamás podré volver a andar.

–¿Y qué importa eso, Damián? ¿Para qué me sirve andar, si no puedo ver?

Por las mañanas entraba un enfermero .Llevaba a Bruno a pasear por los jardines del hospital. Cuando regresaba a su cuarto Damián le recibía con alegría. Tocaba muy bien la armónica. Hasta música clásica. Esto enrabiaba a Bruno. Nunca había sido capaz de tañer un instrumento. Pese a querer mucho la música. Por eso Damián y su armónica se le hicieron insoportables.

Otras veces Damián le hablaba de cuanto veía por la ventana de la habitación. Su cama estaba junto a ella.

—¡Qué día más bonito hace hoy, Bruno! Los árboles están llenos de hojas. La primavera ha llegado ya...

Bruno le escuchaba casi religiosamente. Y creía “ver” los jardines llenos de flores. Y hasta la muchacha que paseaba con su novio.

—¿Escuchas el ruido del agua, Bruno? ¡Qué manera de llover! —le dijo otro día Damián.

Aquello le resultaba insoportable a Bruno. La envidia por su falta de vista le corroía. Había aprendido a manejar el bastón. Se atrevía a moverse solo por los pasillos. Pero no podía ver las hojas de los árboles. Ni a la muchacha morena que paseaba con su novio...”.

El timbre del teléfono interrumpió a Loren. Cogió el aparato y se lo dio a don Anselmo. Era su hija.

—¡Hola, Mabel! —saludó el viejo—. Sí, estoy bien. Loren me estaba leyendo un cuento ahora... No, aún no hemos comido.

Cuando terminó la conversación Loren le dijo al viejo:

—Pues es verdad. Se ha hecho la hora de comer.

Después del almuerzo don Anselmo dormía una buena siesta. Sin embargo aquella tarde no le cayó bien. Se despertó con fuertes dolores. Loren corrió solícita a su lado. El viejo vomitó sobre ella. La mujer trató de calmar su malestar. Pero todo fue en vano. Llamó a urgencias. Lo trasladaron al hospital y quedó ingresado. Una vieja úlcera se había vuelto a manifestar. Llegó su hija y Loren se marchó a su casa.

Hacía muchos días que no iba por ella. Casi la encontró extraña. Ahora los recuerdos de su vida pasada parecían amontonarse ante sus ojos. A los dos

días la llamaron. Don Anselmo estaba de nuevo en casa. El peligro había pasado, de momento. Salir de su hogar fue como una liberación para Loren. Los fantasmas del ayer quedaban atrás.

Don Anselmo la recibió con el afecto y el cariño de siempre. Estaba más débil. Había perdido mucha sangre. Ahora precisaba más atención. Una tarde le dijo:

–Loren tienes que volver a leerme. Sigue con el cuento de aquellos soldados, Bruno y Damián se llamaban, ¿no...? ¿Cuál era el ciego?

–Bruno –contestó ella.

–Pues busca ese libro y sigue leyendo...

“Aquel invierno se hizo interminable para Bruno –continuó Loren otra vez–. Le habían dicho que antes del verano le operarían. Una nueva técnica abrió cierta esperanza para él. Esperaban que pudiera recuperar la vista. Siempre le estaba hablando de ello a Damián. Como diciéndole que él volvería a ver. Damián no le contestaba. Y Bruno lo imaginaba con la cabeza hundida y los ojos llorosos. Pero enseguida le pedía que le contase cuanto veía por la ventana.

–¿Y si la operación fracasa, Bruno? –le dijo Damián un día.

–¡Cállate, Damián! –le gritó–. Sabes que recuperaré la vista. Pasa que tú me tienes envidia. Tú sí que estás condenado a no curarte jamás.

–Bruno, por Dios, lo que yo más deseo es que recuperes la vista...

–Y, por fin llegó el gran día

–Ya estamos en primavera, Bruno. Han abierto la ventana. ¿No hueles el aroma de las flores? ¡Qué hermosa está la avenida! Si pudieses ver las primeras hojas de los álamos...

Sí, Bruno había olfateado aquel sutil perfume. Y pronto también podría ver las hojas de los álamos.

A mediados de Abril lo llevaron a otro hospital. Damián le despidió deseándole la mejor suerte. Al dejarlo Bruno sintió lástima de su compañero. Él partía hacia la vida. Y Damián se quedaba allí preso de su parálisis.

La operación fue un éxito. Bruno recuperó casi por completo la vista. Fueron horas de gran emoción. Todo le parecía nuevo y se sentía el más dichoso de los seres.

De pronto, un día se acordó de Damián. Ya no le guardaba rencor. La antigua envidia había desaparecido. Ahora lo recordaba con lástima. Decidió ir a visitarlo. Quería hablar con él. Recordar aquellas horas. Y pedirle perdón y ver los árboles de la Alameda”.

Don Anselmo levantó una mano. Ella calló.

–Dígame, don Anselmo. ¿Le pasa algo?

–Pues casi lo mismo que al Bruno de tu historia. Yo ya casi no puedo ver. Y por mi edad ninguna operación me puede devolver la vista. Y tú eres para mi como ese Damián. Sigue leyendo. Tengo ganas ya de saber como termina esa historia.

–Pues lo siento. Ahora me voy a la cocina a preparar la comida –contestó ella.

Luego conectó la radio y dejó al anciano sentado en su frailuno sillón. Tras el almuerzo la siesta dio paso a la tarde. Loren lo aprovechó para ir al “super”. Cuando volvió estaba la hija. Y volvió la rutina de siempre.

A la mañana siguiente don Anselmo le pidió a Loren:

–Ven, siéntate a mi lado. Quiero que sigas leyendo la historia de los dos soldados.

–Creí que no le gustaba –dijo ella.

–Pues te equivocas. Me gusta. Aunque hay cierto paralelismo entre ellos y nosotros. Pero no me hace daño. Porque yo no te guardo rencor, porque tu puedas ver y yo no. Eres muy buena. Y sé que me quieres. Como yo a ti. Igual que si fuese tu padre. Y tu mi hija...Y puede que más aún –añadió el anciano bajando un poco el tono de voz.

–Ella lo miró y comprendió sus palabras.

“Cuando Bruno entró en el hospital se emocionó –siguió Loren–. Ahora lo veía todo por primera vez. Fue recibido con alegría. Lo abrazaban y felicitaban cordialmente. Pero cuando preguntó por Damián todos callaron. La alegría desapareció de sus semblantes.

–¿No lo sabes? Damián murió poco después de marcharte tú –le dijo uno de los médicos.

Fue un duro golpe para Bruno. Pidió visitar su antigua habitación. Era tal como él la había imaginado. Dos camas metálicas pintadas de blanco. La suya más cerca de la puerta. La de Damián junto a la ventana. Y un lavabo que seguía goteando. Otros enfermos la ocupaban. Lo miraron con curiosidad. Les explicó algo de su historia. ¡Pobre Damián!, pensó. Aún le parecía oír su voz en aquella reducida estancia. “¡Cómo agita el viento las ramas de los álamos!” Los álamos eran sus árboles preferidos. La casa de sus padres, donde él había pasado su infancia, estaba sombreada por ellos. Mil veces le había hablado de aquella casa. Y de su juventud. Charlas de enfermos.

Se acercó a la ventana. Miró afuera. No vio ninguna avenida. ¡Tan solo la entrada del hospital! Se volvió hacia el enfermero que le había acompañado. Estaba estupefacto.

—¿Antes no había una alameda ahí enfrente? —le preguntó.

—Desde que yo trabajo aquí y va para diez años, nunca hubo una alameda en este lado del hospital.

—¿Y esta era mi habitación? —preguntó Bruno confuso.

—Sí. Es la 210. Usted estuvo aquí, seguro.

—No lo comprendo. Mi amigo Damián, cuando estábamos aquí, me hablaba de los álamos que él veía por la ventana. Para mí era una delicia cómo me contaba lo que pasaba en la Alameda. Los niños jugando. Cuando un día nevó y lo dejó todo blanco. Lo que él veía y yo no podía ver entonces.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó el enfermero.

—¿Imposible, por qué? —preguntó Bruno.

—Porque Damián también estaba ciego como usted...”

Don Anselmo no dijo nada cuando Loren terminó el relato. Guardó silencio durante unos instantes. Luego comentó:

—Has escogido muy bien esta historia, Loren. No sé si era tu intención. Pero he aprendido mucho de ella. Gracias.

Fue la primera de muchas historias que don Anselmo escuchó de labios de Loren. Así el afecto entre ambos fue creciendo. Por eso el día que el viejo murió mientras dormía la mujer sintió como si todo se desmoronaba a su alrededor. Al abandonar aquella casa dejaba atrás una parte importante de su vida. Era verdad que había otras casas. Otros trabajos. La vida le había vuelto a golpear duramente. Esa era la única realidad.

Un día recibió una llamada de la hija de don Anselmo. Le pidió que fuese a verla. Cuando entró en la que había sido casa de don Anselmo se le llenaron los ojos de lágrimas. Al verse las dos mujeres se abrazaron.

—Hemos abierto el testamento de mi padre —dijo la hija de don Anselmo—. Ha dejado una carta para ti... Tómala.

—Le alargó. Ella lo rechazó, sollozando.

—Léamela usted, por favor. Yo no puedo...

Mabel abrió el sobre y comenzó a leer su contenido.

“Querida Loren: Cuando leas esta carta yo ya no estaré a tu lado. Quiero agradecerte el cariño y el afecto que me diste al final de mi vida. Pasamos mucho tiempo juntos en esta casa. Y ahora quiero que sea para ti con todo cuanto hay en ella. Mi hija está de acuerdo. Así podrás seguir escuchando la misma música. La que oíamos los domingos por la tarde. Ten la seguridad que en esos momentos mi espíritu estará a tu lado. Gracias por todo. Y ahora quiero que sepas una cosa. Siempre te quise. No como un padre a una hija. Sino como un hombre a una mujer. Hasta siempre. Anselmo”.

Loren se dobló y casi hundió la cabeza entre las piernas. Lloraba amargamente. La hija de don Anselmo la abrazó con cariño y le dijo:

—Yo lo sabía. Me lo dijo mi padre. Los cuentos que le leías alegraron sus últimos meses. Y estoy de acuerdo con sus deseos. Esta casa será para ti, el Notario ya lo ha preparado todo. Tienes que firmar este papel...

—No puedo, señorita —dijo entonces Loren.

—¿Por qué? —Mabel creyó no haberla comprendido.

—Porque no se escribir, ni leer. Tendré que poner una cruz...

–¿Entonces, cómo leías las historias que le contabas a mi padre...? –la pregunta quedó en el aire.

–Yo no se las leía. Me las inventaba cada vez....